

JOSÉ GAOS, EDMUNDO O'GORMAN,
LEOPOLDO ZEA Y EL SEMINARIO
PARA EL ESTUDIO DEL PENSAMIENTO
EN LOS PAÍSES DE LENGUA ESPAÑOLA*

Aurelia Valero Pie

Universidad Nacional Autónoma de México

Hay ideas esenciales que se pierden. Son las más numerosas. Hay otras que se encienden entre llamaradas de novedad, encandilan, asombran, pero enseguida se apagan. Aunque en extremo raras, también hay unas más que brillan con luz propia, iluminan el camino y propagan su reflejo en cuanta superficie esté a su paso. Éstas nos transforman. José Gaos tuvo la fortuna de procrear una de ellas, al percibir la necesidad de explorar el pasado filosófico de nuestra región y decidir hacerlo objeto de un trabajo colectivo. La observación fue rica en consecuencias: además de participar en esa empresa con sus propias investigaciones, organizó en torno suyo a un grupo de estudiosos que, de forma original y productiva, contribuyeron a introducir en suelo mexicano la

Fecha de recepción: 8 de febrero de 2013

Fecha de aceptación: 8 de abril de 2013

* Quisiera agradecer a Beatriz Morán por su estímulo y confianza, así como a los dos dictaminadores anónimos de cuyos comentarios y sugerencias se benefició el presente texto.

disciplina hoy conocida como historia intelectual. El marco de esas labores en conjunto fue el llamado “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española” que, iniciado en 1943 en El Colegio de México y proseguido más tarde en la Universidad Nacional, se mantuvo activo hasta bien entrada la década de 1960. Provisto de un amplio campo temático y, sobre todo, de nuevas prácticas de trabajo, el medio que lo recibió no volvió a ser el mismo.

Transcurridos más de dos decenios desde su “trans-tierra”, Gaos confesó que un motivo de arraigo consistió en descubrir que el Nuevo Mundo se conservaba como una hoja en blanco. O casi.

Pronto –afirmó– también tuve aquí la impresión de haber entre Europa y América un gran contraste en punto a las posibilidades de trabajo intelectual, allá era un problema encontrar temas de tesis [...]; había más candidatos para cada tema posible que temas para los aspirantes a tratar alguno; aquí todo lo contrario: para los temas que se ocurrían no parecía haber interesados en dedicarse a estudiarlos; había pululación de temas en que trabajar y el problema era encontrar trabajadores para ellos. En vez, pues, de una perspectiva de concurrencia intimidante, una perspectiva que no podía ser más atractiva: la de ser dueño, no de un campo, sino de varios, capaces de dar rendimientos que, por módicos que fuesen, serían únicos y, aunque sólo fuese por ello, nuevos, originales [...].¹

Por “pronto” debe entenderse unos cuantos años, tiempo requerido para familiarizarse con las características del país receptor. Aunado al interés que lo llevó a emprender

¹ GAOS, “Confesiones de transterrado”, pp. 548-549.

una larga serie de lecturas, reflejadas en numerosas reseñas y artículos de tema mexicano, sus primeros cursos universitarios le brindaron un mayor conocimiento del contexto local, al permitirle entrar en relación con estudiantes y profesores oriundos de estas latitudes. En ese sentido ocupa un lugar prominente aquel que tituló, sin excesivo ingenio, “Introducción a la filosofía”. Un simple vistazo al sumario muestra que tras el carácter convencional del rubro se escondía un amplio y ambicioso programa, a impartir en semestres sucesivos, y que abarcaba desde los *Fragmentos* de Heráclito hasta el *Discurso del método* de Descartes. En virtud de la tenacidad con que se opuso a que sus trabajos naufragaran en las aguas del olvido, grandes fragmentos de esas lecciones todavía se preservan como maderos de aquella monumental embarcación que son sus *Obras completas*. De ahí que para conocer el trayecto inicial de este navegante experto baste con consultar las coordenadas inscritas en el segundo volumen de esa serie y, con mayor concreción, en la sección denominada “Orígenes de la filosofía y de su historia”. En esas páginas se encuentra la bitácora docente de aquellos días tempranos, junto con una crónica en detalle de las escalas realizadas en los escritos de Herodoto, de Platón y de Aristóteles.² Por si fuera poco, dispersos en publicaciones diversas, también se cuenta con los testimonios de algunos cuantos argonautas. Uno de ellos, Antonio Gómez Robledo, rememoró tiempo más tarde cómo, buscando completar sus créditos universitarios “[con] lo que fuera

² GAOS, “Orígenes de la filosofía y de su historia”, pp. 43-236. Puede consultarse el programa completo del curso en las páginas 477-491 del mismo volumen.

y como fuera”, fue a parar en las aulas que dirigía el recién llegado. En vista del hastío que por entonces lo embargaba, cuál no fue su asombro al resentir el “calosfrío [...] que me produjo el magisterio de Gaos [...]. Volví a ver con nuevos ojos, para empezar, el universo platónico”. Ello respondía, según relató, a que el profesor fincaba la exposición en el comentario directo de textos, mismos que traducía de clase en clase para beneficio de los presentes. Así se explica que, contra todo pronóstico, observara resurgir el antiguo entusiasmo por la filosofía y, a tal punto, que con gusto se sometió a cursos intensivos de griego.³

Si bien es cierto que la nostalgia tiende a nublar los ojos del recuerdo, no menos lo es que las palabras de Gómez Robledo reflejan fielmente el propósito que en su momento orientó el ciclo de lecciones. Tal como puede leerse en el anuncio, su finalidad consistía en “iniciar a los estudiantes y al público en general en el conocimiento de la filosofía, tomada en su expresión más auténtica, los textos mismos de los grandes filósofos, y en sus relaciones históricas esenciales con las otras creaciones de la cultura confrontadas en las obras más representativas de cada edad”.⁴ Pese a las buenas intenciones, no tardó en hacerse evidente que de la teoría a la práctica la distancia es muy grande y más aún cuando el medio académico impone serias restricciones. La más grave residía en la carencia de libros, limitados, en el caso del maestro, al mínimo indispensable que le proveyó La Casa de España y a algún otro que le dejaba “de cuando en cuando,

³ GÓMEZ ROBLEDO, “Mis recuerdos de Gaos”, pp. 69-70.

⁴ “Cátedra de filosofía. Curso público de Introducción a la filosofía, encargado al Dr. José Gaos”, en GAOS, *Obras Completas*, II, p. 481.

porque le ha dado por estudiarlo”, un “escritor muy inteligente”. En esas condiciones, se lamentaba, “la labor resultó mucho más robadora de tiempo e ímproba de cuanto me había figurado”.⁵ Por fortuna, las satisfacciones alcanzadas no desmerecieron del esfuerzo. Eso sugiere al menos una carta a Alfonso Reyes, en la que informaba sobre los numerosos alumnos que se dieron cita para escuchar sus conferencias y que, al lado de otros tantos curiosos y transeúntes, en ocasiones llegaron a colmar el aula. El verdadero éxito residía, no tanto en la nutrida concurrencia, cuanto “en que lo haya seguido, sin intermitencia alguna desde los primeros días hasta el de ayer [31 de octubre de 1939], una treintena de personas, profesionistas y estudiantes, algunos de los primeros, bien reputados y algunos de los últimos, de primer orden”.⁶ De los trabajos redactados, agregó, más de uno ameritaba figurar entre las páginas de una revista.⁷

Aunque en esa misiva no se mencionan nombres, apenas resulta difícil colegir que, entre los ensayos referidos, un par pertenecían a Edmundo O’Gorman y a Justino Fernández. Un indicio de que su participación no se limitó a la simple escucha aparece en la bella edición, por parte de la editorial Alcanía, de los *Fragmentos de Heráclito*, según la traducción que el profesor había vertido en clase. La obsequio-

⁵ Carta a Francisco Romero, fechada el 20 de enero de 1940, en GAOS, *Obras Completas*, XIX, pp. 172-173. El escritor a quien se refería era Antonio Gómez Robledo.

⁶ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 1º de noviembre de 1939, en GAOS, *Obras Completas*, XIX, pp. 210-211.

⁷ Y algunos, de hecho, lo hicieron, como el trabajo sobre Heráclito que Leopoldo Zea publicó en la revista *Tierra Nueva*, año 1, núm. 1 (ene.-feb. 1940), así como el que compuso Antonio Gómez Robledo con el título “Teodicea de Aristóteles” y que apareció en *Ábside*, iv: 2 (1º feb. 1940).

sidad con que los amigos pusieron su imprenta en movimiento no fue, desde luego, el único ni principal puente que los unió con el maestro de ultramar. En décadas posteriores, Justino Fernández rememoró que “a los primeros meses de su arribo a México, Gaos distinguió los trabajos históricos de Edmundo y estimó su capacidad intelectual”. Pese a que la modestia le impidió incluirse entre los así destacados, no cabe duda de que otro tanto sucedió con sus propios escritos e inteligencia. El relato continúa con detalles que ya se han convertido en un lugar de referencia: “La amistad con el maestro nos ha unido desde entonces, pues casi no hemos interrumpido la frecuencia semanal de cenar juntos y en esa intimidad ha sido para mí un espectáculo maravilloso el chisporroteo de ideas en conversaciones del mayor interés entre Gaos y Edmundo”.⁸

De esas puntuales y enriquecedoras charlas sólo se conserva el débil eco que todavía resuena en libros y en cuadernos de notas. Algunas líneas de ese diálogo forman parte de un estudio que O’Gorman publicó en los albores de 1940 y que corresponden al prólogo de *La historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta. Difícilmente se encontrarán páginas tan breves como instructivas, en las que el prologuista, además de actualizar la obra en cuestión, revelando “el secreto y la clave de lo que a su vez ese texto tiene de fundamental para nosotros”, compuso prácticamente un manifiesto sobre el sentido y método de la actividad historiográfica.⁹ Que la posición cientificista no sólo se apoya-

⁸ FERNÁNDEZ, “Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, p. 15.

⁹ O’GORMAN, *La historia natural y moral de las Indias del P. José de Acosta*, p. x.

ra en premisas injustificadas, sino que errara al momento de examinar su objeto quedó al descubierto en un análisis que, tanto por el método como por el tipo de cuestionamiento, sin duda hubiera hecho las delicias de Michel Foucault. Ese análisis muestra que la tendencia a proyectar concepciones modernas sobre los hombres del pasado desemboca en la incompreensión, cuando no en la falsificación, de aquello mismo que se busca conocer. En concreto, al partir de una idea contemporánea del sujeto, los historiadores habían fallado en situar el tratado del jesuita, imputándole, en escandaloso anacronismo, el calificativo de “plagiario”. Sobra decir que el argumento apuntaba, no tanto a rehabilitar el nombre de Acosta, cuanto a demostrar la necesidad de entender cada etapa dentro de los términos vigentes durante el periodo estudiado. Descubrir la “estructura, finalidad, estilo, y en general todos los supuestos bajo cuya influencia [una obra] pudo producirse” constituía, por consiguiente, la principal tarea de la historia como disciplina. Sólo contando con esos elementos podría apreciarse en su justa medida la diferencia que nos separa de aquellas personas y tiempos, así como distinguir, por efecto de contraste, la particularidad de los nuestros. Ahora bien, ésta residía en la experiencia de la temporalidad o, en palabras del autor, en la “conciencia de nuestro *ser*, como manera histórica de ser”.¹⁰

No bien hubo cerrado las cubiertas de ese libro, Gaos admitió en privado haber “sentido un gozo [...] de paternidad pedagógica. Profundamente satisfactorio, tanto, que casi compensador de otras decepciones”. Aunque no se de-

¹⁰ O’GORMAN, *La historia natural y moral de las Indias del P. José de Acosta*, pp. xiii y lxx. Cursivas en el original.

tuvo a precisar los sinsabores, tampoco escatimó tinta para contabilizar las deudas que contrajo su novel amigo. “Me debe –puntualizó–, más que los conocimientos aristotélicos que el sábado me reconocía [...], el método –mis lecciones sobre la expresión, sobre Herodoto– pero que O’G[orman] lleva a plenitud mayor aún que la mía.” Mucho más que la alegría de quien encuentra su inversión multiplicada, este meticuloso cuentaideas se entregó a la menos interesada dicha de encontrar sus monedas colocadas en mejores manos. Por lo demás, la transacción resultaba equilibrada, debido a que, convino, “he aprendido y sacado bastantes cosas de él”.¹¹ Ello explica que muy pronto abandonara la fastidiosa tarea de adjudicar a cada quien lo suyo para registrar, simplemente, alguna “conversación con O’Gorman”. Por esas anotaciones nos enteramos de que en el transcurso de una misma cena los comensales departían sobre temas tan diversos y sesudos como, por ejemplo, lo irracional, el vínculo de dependencia entre la contradicción y el tiempo, el pasado y la objetividad en historia, la verdad y las fuentes para la historiografía.¹² Para nuestra suerte, ninguno falleció de indigestión, sino que asimilaron las mutuas sugerencias que les ofrecía aquel sustancioso convite intelectual.

No pasó largo tiempo antes de que comenzara a circular en librerías un nuevo pasaje de ese diálogo, cuya publicación corrió esta vez a cargo de la revista *Filosofía y Letras*. “Sobre la naturaleza bestial del indio americano” fue el título que Edmundo O’Gorman eligió para encuadrar el ar-

¹¹ AJG, 1, exp. 101, f. 20175, 6 de febrero de 1940. Véase también su carta a Alfonso Reyes fechada el 19 de marzo de 1940 en GAOS, *Obras Completas*, XIX, pp. 216-217.

¹² AJG, 1, exp. 101, ff. 20327-20328, 16 de junio de 1940.

título y que descubre el espíritu de provocación que con frecuencia animaba su pluma. Quien recorra esas líneas no dejará de admirar la sagacidad con que supo aprovechar las inspiraciones de Gaos, consistentes, a la sazón, en distinguir las diversas acepciones contenidas en el término “humanidad”.¹³ Como si de un moderno Midas se tratara, el también alumno convirtió esas disquisiciones abstractas en el más concreto oro histórico. El prodigio se produjo al retomar las definiciones postuladas para examinar el famoso debate que sostuvieron, a propósito de los naturales de nuestra región, fray Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Además de proponer una novedosa interpretación de la polémica, situándola dentro de las concepciones que sobre el hombre imperaban en el siglo XVI, con esas páginas ofrecía al maestro un servicio nada despreciable. Éste consistía, no sólo en llamar la atención sobre un ensayo que había pasado “casi inadvertido”, sino en mostrar el alcance de sus ideas y la posibilidad de emplearlas dentro de confines mundanos.¹⁴ Aunque había buenos motivos para despertar el agradecimiento de su amigo refugiado, menesteroso como estaba de anclar su filosofía en la circunstancia americana, una misiva indica que todavía se encontraban a varios kilómetros de conocerse plenamente el uno al otro. “Dime si gustó mi nota al Sepúlveda –solicitaba en ella a Eduardo Nicol–. Qué [dijeron] Gaos y Gómez Robledo.”¹⁵

¹³ Véase GAOS, “Sobre sociedad e historia” (1940).

¹⁴ O’GORMAN, “Sobre la naturaleza bestial del indio americano” (1941), p. 142.

¹⁵ Carta de Edmundo O’Gorman a Eduardo Nicol, fechada el 12 de noviembre de 1941, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 151, f. 14004. En su respuesta, Nicol procuró tranquilizarlo, al asegurarle que

Pese a que Nicol incumplió el encargo requerido, no resulta excesivo suponer que aquellas reflexiones gozaron del beneplácito anhelado. Por si no bastara saber que la amistad siguió su marcha, tal es lo menos que puede deducirse de un ensayo posterior, compuesto bajo la supervisión directa de Gaos y aparecido entre las cubiertas de *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*. Con ese título se difundió un conjunto de ocho ensayos, producto de las lecciones que en 1940 el profesor español consagró a la filosofía cristiana medieval.¹⁶ Según explicó en el prólogo, los logros alcanzados durante los meses precedentes lo motivaron a proceder en los siguientes con mayor orden y sistema. De ahí que propusiera a los asistentes una lista de temas a desarrollar, de tal modo que cada uno eligiera el que mejor le pareciera. La moción tuvo buenos resultados, puesto que en octubre de ese año anunciaba a Alfonso Reyes que de su curso habían “salido más de media docena de trabajos que me parecen merecedores de ser publicados en un volumen, con una introducción mía, por la

“tu nota al Sepúlveda gustó, por lo menos me gustó a mí [...]. No la he comentado con Gaos ni con Antonio, porque he faltado a la reunión de algún sábado”. Carta de Eduardo Nicol a Edmundo O’Gorman, fechada el 17 de noviembre de 1941, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 151, f. 14005. En KOZEL, *La idea de América*, se encuentra una interpretación distinta a la que aquí se ofrece del diálogo entre José Gaos, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea, y que el autor llevó a cabo en clave americanista.

¹⁶ Los autores de esos ensayos fueron Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman, José Luis Martínez, Gustavo Pizarro, Tomás Gurza, Antonio Gómez Robledo, María Ramona Rey y Pina Juárez Frausto. Para conocer una revaloración contemporánea del conjunto, véase el prólogo que Andrés Lira antepuso a la edición facsimilar que editó El Colegio de México con motivo del centenario del nacimiento de Leopoldo Zea.

Casa [de España]”.¹⁷ Así se hizo y en virtud de esos buenos oficios el lector curioso puede hoy consultar un original ensayo de O’Gorman en el que, más que una hazaña, acometió una afrenta contra las convenciones historiográficas vigentes. En implícita burla a los profanadores de tumbas, afanosos por exhumar hueso por hueso el cadáver del pasado, él mismo logró revivirlo a partir de un solo documento. Con base en una crónica fechada en el siglo XIII, *La destrucción de Jerusalén*, intentó inferir nada menos que “La conciencia histórica en la Edad Media”, según reza el título que encabeza el ensayo. La maestría del historiador se hizo presente, al ir más allá de los detalles chuscos o soeces que puntean el relato para inquirir por la cosmovisión que hizo posible ese tipo de discurso. Y lo que descubrió fue a un hombre volcado hacia el fin de los Tiempos, atento a la inminente redención y con la confianza puesta en la única Verdad, aquella a la que se subordinaban las pequeñas y muy grises verdades factuales. Una “croniquilla” anónima fungió como mónada que encarna, en cada una de sus partes, la totalidad de una época.

Tan asombroso como el procedimiento, análisis y conclusiones que se encuentra en esas páginas es su convergencia con los que aparecen en algunos escritos tempranos de Martin Heidegger.¹⁸ La reciente edición de esos textos, tanto en alemán como en español, cancela, empero, cualquier posibilidad de que fueran entonces conocidos en el medio mexicano. Siendo así, ¿cómo explicar tamañas coincidencias? A ese respecto Francisco Gil Villegas sostiene una interesante

¹⁷ Carta a Alfonso Reyes, fechada el 31 de octubre de 1940, en GAOS, *Obras Completas*, XIX, p. 220.

¹⁸ Véase en particular HEIDEGGER, *Introducción a la fenomenología de la religión*.

hipótesis, cuando señala que las clases de Gaos constituyeron “una profundización del curso que Ortega [y Gasset] había impartido en el año de 1933 en la Universidad Central de Madrid y que se publicaría años después con el título de *En torno a Galileo*”. Curiosamente, puesto que en esas sesiones el filósofo madrileño se inspiró en las lecciones que su homólogo alemán había impartido de 1919 a 1921 en la Universidad de Friburgo, “los discípulos mexicanos de Gaos en el curso de 1940 parecen ser heideggerianos vanguardistas sin saberlo”.¹⁹ En términos más generales pero no menos plausibles, Alfonso Mendiola sugiere, por su parte, que “O’Gorman comprendió los retos planteados para la obra de Heidegger por la conciencia de la historicidad”.²⁰ Quien sabe leer entre líneas –y no era otra una de las especialidades de don Edmundo– no necesita mayores desarrollos.

Además de esa insospechada filiación, el volumen contiene otras que no lo son tanto. Por ejemplo, al abrir el tomo y avanzar un par de páginas se descubre un singular ensayo titulado “*Superbus philosophus*”. La obra de Tomás de Kempis, *De imitatione Christi*, las *Confesiones* de san Agustín y algunos pasajes bíblicos sirvieron para demostrar que el cristianismo señaló a la soberbia como esencia y suma de la filosofía pagana. Caracterizado en términos semejantes a los de Satanás, el ángel rebelde, el filósofo es instado a revestirse de humildad para doblegarse ante el pensamiento cristiano y convertirse en siervo del Señor. Contra lo que pudieran hacer creer algunas expresiones clave, como el afán de dominación, el saber de salvación y de perdición en tan-

¹⁹ GIL VILLEGAS, “Ortega y el Hiperión mexicano”, pp. 168-169.

²⁰ MENDIOLA, “¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia?”, p. 94.

to movimientos extremos y complementarios del filosofar, o el carácter demoníaco de la filosofía, el autor del escrito no era José Gaos, sino Leopoldo Zea, un joven estudiante que desde hacía unos cuantos años recibía –y al parecer asimilaba de modo extraordinario– las enseñanzas del profesor.²¹

Aunque no de forma tan notoria, los demás ensayos portan también la marca de aquel hábil escultor de almas que llegó con su cincel a nuestras tierras. La “visión del mundo” con que concluye el escrito de José Luis Martínez y la necesidad de adoptar puntos de vista pluriformes para dar cuenta del cambio histórico, tal como lo reivindica el artículo de Gustavo Pizarro, parecen concepciones labradas en su taller de historiador. Algunos otros no se privaron de señalar sus deudas con el maestro artesano. Tal fue el caso de Tomás Gurza, al referir que “la asistencia a los cursos regulares del señor Gaos nos dio oportunidad de familiarizarnos con el contenido más profundo” de la obra objeto de estudio, la *Summa* de santo Tomás; de modo similar lo hizo Antonio Gómez Robledo en diversos pasajes de su ensayo, ya fuera al explicar algún término en específico o al mencionar el origen de cierta idea.²² Bajo la forma de conceptos, expresiones, enfoques o herramientas metodológicas comenzó a manifestarse, discreta, la influencia de Gaos sobre sus primeros alumnos, si bien es cierto que quienes prefirieron no adoptar sus métodos y temática quedaron excluidos de par-

²¹ Sin embargo, según refirió Alí Chumacero, el propio Gaos “orilló” a Leopoldo Zea a “escribir un estudio que reforzara los muchos argumentos” que había aportado a propósito de la soberbia. CHUMACERO, “Gaos: rasgo por rasgo la filosofía es exacta a la soberbia”, p. 4.

²² GURZA, “La Catedral y la *Suma*”, p. 184; GÓMEZ ROBLEDO, “Cristianismo y filosofía en la experiencia agustiniana”, pp. 236 y 259.

ticipar en aquel volumen colectivo. Sobre el resto pudo decir que le producían “el gozo que sólo el padre y el maestro comparten: el de verse más perfectos en su prole carnal o espiritual”.²³

Los beneficios de esa obra no se hicieron esperar, no sólo para los autores, sino también para el organizador. Desde la prensa docta, Juan David García Bacca juzgó los escritos como “modélicos”, en virtud de que “nos describen un tipo de conciencia histórica viviente en individuos cuya función consiste en ‘reflejar’ una cultura colectiva, ecuménica, católica, en el sentido de que abarca a todo el universo, natural y sobrenatural”. Tan felices resultados explican que los describiera como un “ramillete ejemplar de hermenéutica histórica” o, mejor aún, como un “ramillete de personalidades agrupadas al derredor de Gaos”.²⁴ De esta forma ponía en evidencia los cambios que se operaban en el campo académico mexicano, en donde, a golpes de papel impreso, su colega lograba colocarse en lugar prominente y, junto con él, un grupo de jóvenes promesas. Apenas admira, por consiguiente, que quien se situaba a la cabeza de esa naciente red intelectual señalara que “la publicación de los trabajos sobre Cristianismo y Edad Media, y las noticias acerca de la tesis de Zea están estimulando a todos”.²⁵

No era para menos. Pese a que en nuestros días su lectura provoca el bostezo, cuando no la perplejidad, es de recordar

²³ GAOS, “Presentación”, en ZEA *et al.*, *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística*, p. IX.

²⁴ GARCÍA BACCA, “*Trabajos de historia filosófica, literaria y artística*” (1943), p. 6.

²⁵ Carta a Alfonso Reyes y a Daniel Cosío Villegas, sin fecha, en ENRÍQUEZ PEREA, *Itinerarios filosóficos*, p. 125.

que la aparición de *El positivismo en México* hizo en su momento las veces de una auténtica conmoción cultural. De otorgar crédito a la leyenda, desde el 31 de marzo de 1943, fecha del examen de grado, comenzaron a sentirse las primeras sacudidas, suscitadas por el aplauso de don Antonio Caso, figura sancionadora del medio. Laureada con varios premios en la Feria del Libro y proclamada por el diario *El Universal* como la mejor tesis del año, la investigación suscitó exaltadas reseñas en la prensa. Apenas salida de la imprenta y todavía fresca la tinta, ya se aclamaba la obra como “clásica en el asunto” y no pasó largo tiempo antes de erigirse en lectura de “obligada consulta”.²⁶ Mientras que alguno, como Francisco Giner de los Ríos, se admiró de una rara *opera prima* “que deja de ser índice de una promesa [...] para convertirse en presentación definitiva de una realidad hecha”, en opinión de otros, como Alberto T. Arai, el libro representaba “el símbolo de la nueva generación filosófica”.²⁷ Y es que, a ojos de sus contemporáneos, en él se vislumbraba un futuro cargado de esperanza, momento en que las producciones americanas presentes y pasadas se fundirían en un abrazo fraterno con la filosofía occidental. Sólo por excepción se manifestaron ciertas objeciones,

²⁶ MENÉNDEZ SAMARÁ, “El libro de Leopoldo Zea” (1943), p. 9; y CHUMACERO, “Leopoldo Zea” (1945), p. 1. Pese al éxito inmediato, Zea relató tiempo después que su tesis nunca satisfizo del todo a José Gaos, quien en más de una ocasión le exigió que la rehiciera. El discípulo sólo se negó a acatar indicaciones cuando llegó a la versión que conocemos, asentando en el prólogo que “con seguridad este trabajo no es el que mi maestro quisiera; pero culpa es de mis limitaciones y no suya”. ZEA, “Joaquín Xirau”, p. 231.

²⁷ ARAI, “Leopoldo Zea” (1943), p. 8; GINER DE LOS RÍOS, “Leopoldo Zea y su primer libro” (1943), p. 6.

como las que acremente profirió Octavio Paz. En una nota publicada en Argentina, el poeta refirió que “el autor ha

desdeñado los datos de la historia mexicana o no los ha sabido interpretar correctamente; es visible, pues, que no ha empleado ningún método histórico para examinar las ideas en su ‘concreción histórica’”.²⁸ No obstante, cualquier palabra crítica quedó silenciada tras escucharse la voz autorizada de Werner Jaeger. En una carta dirigida al recién estrenado maestro, el gran humanista alemán comentaba que, de todos los que sobre la materia habían llegado a sus manos, “su libro ha sido el que más ha contribuido para hacerme comprender la historia espiritual del México moderno”. La misiva concluía expresando la alegría “de que ahora exista tanto interés en su país por la historia de las ideas, y de que podamos entendernos los unos a los otros, al parecer tan fácilmente, en esta actitud de nuestra mente”.²⁹ La celebridad del destinatario estaba asegurada.

En justo resarcimiento a sus labores preceptivas, más de uno colocó algunas ramitas de laurel sobre las sienes del mentor. Quienes así lo hicieron, reconocían su destreza para guiar al alumno, abrirle camino y brindarle herramientas para trabajar con “un rigor metódico jamás alcanzado en nuestro medio”.³⁰ Con sonrisa apenas velada, también se admitió el enorme mérito de haber sabido distinguir el impenetrable mutismo de Zea sobre la llana estulticia. Alguno refirió, en efecto, que durante largo tiempo se sintieron asombrados “del entusiasmo que por él sentía José Gaos, y que no compartían entonces sus mismos compañeros y amigos, in-

²⁸ PAZ, “Historia y filosofía” (1943), p. 8. Este artículo apareció publicado en el número 107 de la revista *Sur* de Buenos Aires y más tarde en *Letras de México*.

²⁹ JAEGER, “Carta de Werner Jaeger” (1944), p. 9.

³⁰ ARAI, “Leopoldo Zea”, p. 9.

timidados o desconcertados por su casi mudez”.³¹ José Luis Martínez confesó, por su parte, que estando acostumbrado “a que la capacidad intelectual de una persona fuera más o menos perceptible con su trato”, desesperaba “frente a aquel extraño joven capaz de mantenerse en absoluto silencio tantas horas como se estuviera con él”.³² Tan extendida parecía esa opinión que Alí Chumacero tuvo la delicadeza de compartir una fecha memorable, aquella en que un descubrimiento insospechado lo obligó a separarse del común de la gente. Ese día anotó en su diario: “empiezo a creer que [Zea] no es tonto”.³³ A todos ellos se adelantó el juicio penetrante del profesor, quien supo apreciar la laboriosa inteligencia que el discípulo expresaba por escrito. A lo cual habría que añadir: por fortuna, puesto que, según este último, “el prestigio, el tono categórico, el rango profesional de sus enseñanzas me infundieron miedo y acentuaban la hurañez de mi temperamento”.³⁴ Imposible imaginar, así, lo que fueron sus charlas en común.

En vista de las inmensas deudas que contrajeron el uno con el otro, no resulta casual que los pormenores que llevaron al “descubrimiento” de Leopoldo Zea hayan sido sobre todo divulgados tanto por el descubridor como por el descubierta. Merced a sus respectivas crónicas, se sabe, entre muchos otros detalles, que un trabajo sobre Heráclito le valió las primeras atenciones por parte del maestro, quien en-

³¹ GINER DE LOS RÍOS, “Leopoldo Zea y su primer libro”, p. 4.

³² José Luis Martínez, citado en GINER DE LOS RÍOS, “Leopoldo Zea y su primer libro”, p. 4.

³³ CHUMACERO, “Leopoldo Zea”, p. 2. La fecha registrada fue el 9 de julio de 1942.

³⁴ YÁÑEZ, “Entrevista con Leopoldo Zea” (1945), p. xii.

contró hondas afinidades con los análisis de Xavier Zubiri. Al finalizar el curso, relató el así destacado, “Gaos declaró que sólo eran de tenerse en cuenta las monografías escritas por Antonio Gómez Robledo, por Edmundo O’Gorman [...] y la mía”.³⁵ Es de suponer que el profesor no sintió reparo alguno en sacrificar a las grandes mayorías, si de esa manera lograba alimentar las aspiraciones de una minoría excelsa. Por el contrario, en la hoguera de la docencia selecta siguió arrojando abundantes leños que, bajo la forma de estímulos, facilidades y becas, consiguieron encender la carrera del afortunado elegido. Según el testimonio de su principal promotor, el alumno respondió con plenitud a la confianza prestada, al grado de llegar a decir de él que “tan espantosa puntualidad [...] no la ha habido, a buen seguro, nunca, ni en Alemania, país de trabajadores intelectuales espantosamente regulares”.³⁶ Aunque Gaos no lo expresó abiertamente, su mayor virtud quizá consistió en dejarse convencer, al momento de emprender su tesis de maestría, de cambiar el tema de investigación: en lugar de adentrarse en el pensamiento de los antiguos sofistas, decidió abocarse, por sugerencia suya, a comprender la génesis, influencia y modalidades del positivismo en nuestro país. De esa forma contribuyeron a fijar los papeles que cada uno representaría en lo sucesivo: mientras que al primero quedó reservado el de maestro por antonomasia, al segundo se le ciñó el título de filósofo latinoamericanista. A fin de cuentas, le preguntaba el mayor, “¿quién de los dos tendrá la culpa de que sea usted el mayor éxito de mi vida como profesor? [...] Si toda

³⁵ YÁÑEZ, “Entrevista con Leopoldo Zea”, p. xiii.

³⁶ GAOS, “Confesiones profesionales”, p. 87.

vocación y profesión debe justificarse, y usted no existiese, tendría que inventarle”.³⁷

La segunda parte del libro de Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, confirmó que Gaos no se equivocó al brindarle su apoyo. En esta ocasión, el encargado de certificar el trabajo, presentado como tesis doctoral, fue Alfonso Reyes, si bien no tardaron en sumarse nuevas voces al himno laudatorio. Entre ellas destacó la de José Vasconcelos, quien en un solo verso expresó una mezcla de pasmo y admiración. “No creo –dijo– que se haya escrito nada comparable sobre el pensamiento de la época porfiriana.”³⁸ Aplaudida por las grandes figuras del medio intelectual, la “última revelación de genuino talento filosófico” inició así una meteórica trayectoria, comenzando por obtener una cátedra en la Universidad Nacional, en sustitución de Antonio Caso.³⁹ Pero ni aun provisto de tan solemne investidura académica se independizó de quien hasta entonces le había servido como guía intelectual. Lejos de ello, en 1945 emprendió, por instrucciones de Gaos, un recorrido a través del Cono Sur, con la finalidad de extender sus investigaciones hacia toda Latinoamérica. Además de indicarle la ruta a seguir, el maestro se encargó de encontrar los medios materiales que aseguraran la marcha, al gestionarle una beca an-

³⁷ GAOS, “Confesiones profesionales”, pp. 87-88. En otro escrito Gaos fue más contundente, como al afirmar que “aunque pudiera parecer que yo he contribuido a hacer posible en México a un Leopoldo Zea, por ejemplo máximo, en realidad es él quien ha contribuido a hacerme a mí posible en México”. GAOS, “Los ‘transterrados’ españoles”, p. 244.

³⁸ José Vasconcelos, citado en CHUMACERO, “Leopoldo Zea”, p. 1.

³⁹ El entrecomillado aparece en *Occidente*, año 1, 1: 1 (nov.-dic. 1944), p. xiii.

te la fundación Rockefeller que comenzaba, por ese entonces, un programa de estímulos para estudiantes mexicanos.⁴⁰ De esa forma se cristalizaba el proyecto, no sólo de elaborar “una historia de la filosofía, y aún más en general, de las ideas, en México, como no dispone todavía de análoga ningún país de lengua española”, sino de dar a los trabajos un alcance “más que nacional”.⁴¹

Las obras de Zea abrieron el camino a una larga serie de ensayos, inscritos dentro de la misma disciplina, que en el transcurso de los años y bajo la atenta asesoría de José Gaos compusieron varias generaciones de estudiantes. El marco de esas labores en común fue un seminario instituido en 1941 en la Universidad Nacional, abocado, en un principio, a “estudiar, con los conceptos y métodos de la actualidad, la filosofía de la historia, las primeras obras de Historia de América y la idea de América forjada durante los primeros tiempos a partir del descubrimiento”. La afinidad entre la temática elegida y las preocupaciones del director aparece con mayor claridad, al leer un poco más adelante que con ello pretendía realizar “una contribución a una ‘teoría’ o ‘filosofía de América’”.⁴² Volver a las crónicas del siglo XVI le

⁴⁰ A mediados de 1943 el Centro de Estudios Filosóficos comenzó a gestionar apoyos por parte de la Fundación Rockefeller. La solicitud contemplaba la compra de libros europeos y norteamericanos, así como la asignación de recursos para becas. Entre los primeros beneficiarios de esos estímulos se hallaron Eduardo García Máynez, Eduardo Nicol y Leopoldo Zea.

⁴¹ Carta de José Gaos a Daniel Rubín de la Borbolla, fechada el 7 de mayo de 1946, AHCM, *Casa de España*, c. 8, exp. 3, f. 5.

⁴² AJG, 2, exp. 34, f. 35732, 16 de agosto de 1941. Si él mismo no prosiguió con ese proyecto dentro de los términos especificados, sí lo hizo en cambio Edmundo O’Gorman, quien en 1942 dio a la imprenta

permitiría comprender cómo se había gestado la identidad del continente y rastrear el desarrollo de su personalidad. Una vez precisados esos elementos en su concreción temporal podría situarse a los vástagos de esta región dentro de un marco universal y, sobre todo, disponer de esa historia escrita que tanto echaba en falta como preámbulo de una “filosofía americana”.⁴³ Así, mientras que el planteamiento formal correría a su cargo, para acometer las tareas de tipo histórico buscó el concurso de algunos estudiantes, aunque desde luego no cualesquiera. Tal como indicó en la convocatoria, la admisión en esa magna empresa se fundaría “atendiendo a su cultura general y en particular a su conocimiento de lenguas, a su preparación filosófica y trabajos en los cursos dados por el profesor, a su interés anterior por los temas del curso o conexos con ellos”. No era todo. También se advertía que “la continuación de su asistencia al seminario dependerá de la adquisición de los conocimientos de Historia de la Historiografía, Metodología y Filosofía de la Historia en la literatura que se les señale y de la realización de los trabajos que se les encargue en división del total del curso”.⁴⁴ El cielo de las ideas también tenía su precio.

Pese a su temprana apertura en la Facultad, la trama de aquel que llamó en un inicio “Seminario de Filosofía de Ciencias Humanas aplicadas a América” sólo comenzó verdaderamente dos años más tarde, cuando se trasladó, por sugerencia de Daniel Cosío Villegas, a El Colegio de México.

Fundamentos de la historia de América, en el que se anuncian ya las importantes investigaciones que desarrollaría a lo largo de la década siguiente.

⁴³ Véase GAOS, “¿Cómo hacer filosofía?”.

⁴⁴ AJG, 2, exp. 34, f. 35732.

En esa institución, no sólo adquirió el nombre por el que sería recordado, sino que durante tres lustros constituyó el espacio donde se fueron develando importantes fragmentos de nuestro pasado intelectual. Punto determinante en ese desarrollo fue la resolución de anclar los trabajos en la segunda mitad del periodo colonial y, más específicamente, en los jesuitas de los siglos XVII y XVIII.⁴⁵ La razón de ese giro temático y temporal, explicó Gaos, radicaba en que “después de las investigaciones que dieron por resultado los brillantes dos volúmenes sobre el positivismo en México [...], [se] pensó que lo más necesario y prometedor era retroceder” hacia aquella centuria “para estudiar como lo reclamaba la entrada de la filosofía moderna en Nueva España”.⁴⁶ Es de resaltar, sin embargo, que igual o más decisivas que aquellos primeros éxitos fueron sus faenas de traducción, mismas que por ese entonces se centraban en la obra de Bernhard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*.⁴⁷ Que con base en sermo-

⁴⁵ Esta temática se mantuvo desde 1943 hasta 1948, momento en que se juzgó agotada. Fue entonces cuando se amplió el enfoque, de historia del pensamiento a “filosofía de la cultura”. Gaos explicó tiempo después que este giro respondía a que “el paso de la Historia de las Ideas a la Filosofía de la Cultura pudiera ser, por lo demás, la finalidad más trascendente de la primera. Y la Filosofía de la Cultura, quizá la disciplina filosófica más propicia a que la vocación filosófica hispanoamericana aporte a la historia de la filosofía universal una gran filosofía original, renovadora y revitalizadora de la filosofía, que da en estos momentos el espectáculo de un nuevo estado de postración, agotamiento y esterilidad”. AJG, 2, exp. 1, f. 30226, 26 de enero de 1961.

⁴⁶ AJG, 1, exp. 89, f. 17276.

⁴⁷ Para conocer la lectura que Gaos hizo de aquella que llamó “obra maestra”, es posible consultar LIRA, “Presentación”, en particular pp. 23-25; MATUTE, “Prólogo”, p. 12 y, del propio GAOS, “Prólogo a *La*

narios el autor de ese libro hubiera identificado los signos de un cambio en el orden de las mentalidades, apuntando hacia una sociedad crecientemente secularizada, logró inspirar las labores del traductor, quien en cierto modo las trasladó hacia su seminario. En la versión mexicanizada, en efecto, se trataba de entender, por las vías que trazó la Compañía de Jesús, el proceso que llevó a la integración de la antigua colonia en el mundo occidental, así como los antecedentes que desembocaron, desde el campo de las ideas y, por lo tanto, de las conciencias, en el movimiento independentista.

Si bien la obra de Groethuysen sirvió como una fuente fecunda en sugerencias, se incurriría en un error de pretenderse que Gaos la empleó como modelo a imitar o que intentó homologar las dos orillas. Quienes conocen sus métodos de trabajo saben que, lejos de ello, la voluntad de encontrar categorías intrínsecas al objeto de estudio constituía una de las máximas que impuso a toda investigación realizada bajo su tutela. El siglo XVIII mexicano no era la excepción. Por el contrario, demostraba en grado sumo la necesidad de pensar el periodo en sus propios términos, incluso al punto de llamar a un replanteamiento de las nociones de tiempo y de espacio históricos. Así lo declaró en el curso de un congreso, verificado hacia finales de la década de 1940 o principios de la siguiente. En la ponencia que presentó en ese marco expuso algunos de los obstáculos que había enfrentado en el ejercicio de sus actividades como director de seminario e investigador, y que él mismo redujo a seis. El primero se fundaba en la dificultad de ceñir el examen de una época a una estricta cronología cuando lo que interesaba eran sus contenidos, irreducibles

formación de la conciencia burguesa en Francia".

a las periodizaciones corrientes. En segundo lugar, señaló el error de delimitar la cultura de un país con base en principios geográficos. En ese sentido, la obra de los jesuitas novohispanos, realizada en Italia a raíz de la expulsión, representaba un “caso singular de unificación de la historia universal”, con lo cual mostraba la urgencia de adoptar criterios “más espirituales”.⁴⁸ No menos acuciante resultaba la cuestión de articular un periodo tanto interna como externamente. ¿Cómo explicar la diferencia en el *tempo* histórico que distingue sucesivas etapas y cómo se enlazan entre sí? ¿Cómo vincular la historia de una nación con lo que acontece en otras regiones del globo sin desvirtuar su desarrollo específico? Al problema de las fuentes dedicó igualmente algunos minutos de atención. Si lo que se buscaba consistía en conocer “la ‘circunstancia’ toda cultural y social, social e individual”, era menester incluir, no sólo a los grandes pensadores, sino también a ese extraño ser que somos todos, conocido como “hombre de la calle”.⁴⁹ ¿Dónde encontrar los rastros de un pensamiento evanescente? El sexto y último punto se centraba, por su parte, en la necesidad de dar cuenta de la historicidad, es decir, de los cambios operados en las conciencias y que derivaban

⁴⁸ GAOS, “Problemas y métodos de la Historia”, p. 389. En su reflexión sobre la expulsión de los jesuitas desempeñó un papel de relevancia su propia situación de refugiado. En efecto, adujo, de tomar por criterio de pertenencia la nación de origen, “la obra de la actual inmigración española en México pertenece a la historia de España y no a la de México”, lo cual “parece incompatible con la realidad”.

⁴⁹ GAOS, “Problemas y métodos de la Historia”, pp. 391-392. Sobre este punto Gaos aclaró: “nos interesa la intimidad de la existencia más que la ‘historia de las ideas’. [...] Las ideas, repetimos, no viajan entre el bagaje de las caravanas, sino que son inseparables del complejo hombre-mundo en el cual existen y adquieren sentido”. AJG, 1, exp. 25, ff. 3295-3296.

en las distintas concepciones que se reemplazan a través del tiempo. Con esa serie de consideraciones, el expositor mostraba el carácter radical de su cuestionamiento que conducía, de tomarlo con la seriedad requerida, a una reformulación integral de la disciplina.

Tanto el excepcional esfuerzo de síntesis como la riqueza reflexiva que desplegó en esa ponencia revelan que los años dedicados al estudio de la Ilustración en México le habían aportado no pocas enseñanzas. Aunado al conocimiento acumulado, aquellas páginas descubren que los logros y satisfacciones, los fracasos y desaciertos, se habían ya sedimentado en los estratos de la experiencia. Los triunfos son, desde luego, los más conocidos, debido a que ellos representan los trabajos concluidos y que, por medio de la imprenta o cuando menos del mimeógrafo, consiguieron trascender los espesos muros del recinto académico. Entre ellos se cuenta uno titulado *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México*. Además de situar a ese pensador dentro del horizonte cultural al que él mismo se adscribía, la autora, Victoria Junco, descubrió y puntualizó una corriente del pensamiento hasta entonces ignorada.⁵⁰ Uno más que pertenece a esta categoría fue el de Monelisa Lina Pérez-Marchand, quien se adentró en los papeles de la Inquisición para revelar las ideas que circulaban de este lado del Imperio español. El proceso de investigación –que al parecer fue extraordinario– le permitió dividir el periodo estudiado en lo que ella misma identificó como “dos etapas ideológicas”: la primera, caracterizada por un mayor peso tradicionalista y por la relativa sumisión ante las autoridades

⁵⁰ JUNCO POSADAS, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra*.

eclesiásticas; y la siguiente, en donde los signos de creciente secularización se convirtieron en manifestaciones expresas, al tiempo que surgieron algunos brotes de inconformidad ante el poder peninsular.⁵¹ También son de recordar las tesis de Bernabé Navarro y de Olga Quiroz, consagradas a examinar la introducción de la filosofía moderna tanto en la Nueva como en la Vieja España.⁵² Y habría que incluir muchas otras en la lista, cada una celebrada por su rigor en el tratamiento y por constituir un aporte original al conocimiento de la historia.

Como es habitual reconocer en “prólogos” y “agradecimientos”, ninguno de esos trabajos se lleva a buen término sin el concurso de más de un alma caritativa. Ese papel lo desempeñaron, en el caso de estos jóvenes pioneros, figuras prominentes del medio intelectual, como Julio Jiménez Rueda, a la sazón director del Archivo General de la Nación, y José Vasconcelos, a la cabeza de la Biblioteca Nacional. Hecho casi insólito en las prácticas de nuestros días, los miembros del seminario al parecer actuaban con la solidaridad de un equipo. Así, mientras que alguno sugería un tema y otro indicaba la ubicación de fuentes, había incluso quien traducía para el resto los textos redactados en latín. Entre todos ellos destacaba la ayuda del propio José Gaos, quien semana a semana los recibía durante una hora para conocer el estado de sus pesquisas. Con los ojos entrecerrados y columpiándose en su silla, en esas sesiones interpellaba al estudiante en turno: “A ver, hable. ¿Qué ha trabajado?”. Si

⁵¹ PÉREZ-MARCHAND, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México*.

⁵² NAVARRO, *La introducción de la filosofía moderna en México* y QUIROZ, *La introducción de la filosofía moderna en España*.

la relación de fichas y resultados no alcanzaba a colmar el tiempo concedido, se infligía al indolente un tan sencillo como terrible “hay que trabajar más”. La pena por reincidencias consistía en la expulsión del seminario.⁵³ Pero en caso de satisfacer las expectativas, el pupilo aplicado se veía compensado con ese trato a la vez distante y protector, severo y bondadoso, en el que subyacían unas loables máximas docentes: “no utilizar, sino servir”, “no abatir, sino estimular”, “no celos, sino generosidad”.⁵⁴ Sólo por excepción alguno se vio privado del amparo y guía que prestaba a sus alumnos. Desde Río de Janeiro, donde se desempeñaba como representante ante la Comisión Jurídica Panamericana, Antonio Gómez Robledo se lamentaba del “abandono cada día más completo, más amargo, más hostil de todos cuantos en México se dedican a estas nobles labores [filosóficas]”. Tras enviar cartas y libros, notas y recortes sin recibir siquiera una línea en respuesta, se convenció de que había sido “cortado de una comunidad espiritual a la que tan vinculado estuve durante los últimos años”. Su desesperación fue profunda. “He dejado por tanto de mano –confesó a un amigo–, quemando lo que ya llevaba escrito, del ensayo de que hablé en mi carta pasada, en vista de que no recibí de Gaos nin-

⁵³ Entrevista a Carmen Rovira, Ciudad Universitaria, 6 de abril de 2010. Rovira dejó un retrato a la vez vívido y enternecedor de lo que representó su maestro: “Él era severo en el sentido de que cumpliéramos, de que no nos envaneciéramos de lo que descubríamos, de que trabajáramos, pero eso lo combinaba con una gran bondad en el sentido de que nos tenía un gran respeto. [...] Todos decían: ‘es que es muy enojón’. Pero junto a ese enojo, sentías una protección de él hacia ti, hacia la tesis que estabas haciendo”.

⁵⁴ AJG, I, exp. 35, f. 5510. Se trata de algunas notas preparatorias para sus “Confesiones profesionales” que se encuentran desarrolladas en las pp. 95-100.

guna palabra que me alentara para proseguir.”⁵⁵ El esbozo inicial de *La filosofía en el Brasil* se perdió así entre las cenizas, si bien sólo para renacer mejorado algún tiempo más tarde. Fue entonces cuando el autor, quizá con mejores ánimos, presentó una nueva versión de ese trabajo. Ésta le valió, no sólo los comentarios entusiastas de Alfonso Reyes, sino también el título de doctor.

Aunque intangibles, los trabajos frustrados resultan no menos relevantes que los concluidos para comprender el funcionamiento y dificultades que enfrentaron aquellas exploraciones iniciales en la cultura dieciochesca. Para conocerlos, es necesario revisar informes y proyectos inconclusos, cartas y notas sueltas, prólogos e introducciones de libros. Pero una vez superado el tedio que supone esa consulta, el lector se ve recompensado con la imagen de la creación en movimiento, como un proceso en marcha y sin que el desenlace se perciba de antemano. Más aún, sólo recorriendo el camino a la inversa es posible advertir que toda obra en realidad representa una conquista. Por ejemplo, que el intento por estudiar un gran número de filósofos modernos se haya reducido a uno solo —Benito Díaz de Gamarra—, o que la idea de examinar la historiografía americana de los jesuitas acabara en un ensayo sobre el eclecticismo español, nos habla de la incertidumbre que rodea, por principio, cualquier tarea de investigación. De ahí que con mayor fuerza lo hagan aquellas que desembocaron en un callejón sin salida. Entre ellas se encontraba la que emprendió Fran-

⁵⁵ Carta de Antonio Gómez Robledo a José Sánchez Villaseñor, fechada el 30 de marzo de 1944, AHPM, VI *ad vitam*, c. 35, exp. (AV) Sánchez Villaseñor S. J. P., José.

cisco Giner de los Ríos, quien en unas líneas dejó constancia de la magnitud del infortunio. “No exagero –escribió al director– si digo que naufragué. Usted recuerda tan bien como yo la inmensidad de problemas que surgían con sólo empezar a arañar los temas, problemas que se agravaban materialmente con la falta de libros y documentos que consultar. Todo eran bibliografías de bibliografías, partiendo de [José Mariano] Beristain, sin que las fuentes mismas fueran asequibles sino en muy raros casos.”⁵⁶ Igualmente dramático fue el caso de Ramón Iglesia. Pese a dividir su tiempo entre El Colegio de México y la “labor infecta de corregir traducciones desastrosas, pruebas de imprenta peores, etc.” en la editorial Nuevo Mundo, logró reservar unas horas para asistir al seminario de Gaos. El esfuerzo, sin embargo, no rindió fruto alguno. Por el contrario, reconoció, “hasta ahora casi no he podido hacer nada que valga la pena”. La misiva, dirigida a Eduardo Nicol, terminaba con un triste recordatorio y peor pregunta: “Hace cuatro años a estas fechas estábamos en alta mar. ¿Valía la pena de haber salido para esto?”⁵⁷

Al seguir hurgando entre los proyectos malogrados se descubre, no sin cierta ironía, que entre ellos se hallaban los que acometió el propio director del seminario. Aprove-

⁵⁶ Carta de Francisco Giner de los Ríos, fechada el 6 de diciembre de 1943, AHCM, *José Gaos*, c. 7, exp. 2, f. 3.

⁵⁷ Carta de Ramón Iglesia a Eduardo Nicol, fechada el 28 de mayo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 53, f. 14154. Según consta en la misiva, las dificultades no eran privativas del seminario de Gaos, sino que respondían a las precarias condiciones de trabajo. “Tengo como siempre –comentaba–, mi clase en el seminario dirigido ¡ay! por Zavala. Este año han venido alumnos de fuera: costarricenses, portorriqueños, cubanos. No te quiero decir. Y luego aquello de que no aparece nada de lo que buscan. Más de una vez han de preguntarse para qué los hemos traído.”

chando la disposición de los asistentes, así como el concurso de su buen amigo Juan David García Bacca, el primero que emprendió se centraba en el tema “Jesuitismo y modernidad”. En vista de los resultados recabados en cursos precedentes, confiaba en que de éste surgiera “un final volumen de trabajos de una importancia ya decisiva”.⁵⁸ Nunca lo llevó a término, si bien dejó consignado que, de los cinco capítulos que se había asignado, alcanzó a completar tres.⁵⁹ La razón del temporal abandono al parecer radicaba en que a las precarias condiciones de consulta se sumó el cierre de la Biblioteca Nacional, por motivo de su mudanza al antiguo templo de San Pedro y San Pablo.⁶⁰ Y todo ello por no hablar de la descomunal carga de actividades que siempre lo acompañó y que por ese entonces se veía multiplicada a causa de “la carestía creciente y la necesidad de compensarla trabajando más, si es posible”.⁶¹

⁵⁸ Carta de José Gaos a Eduardo Nicol, fechada el 29 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 15116. En su planteamiento inicial, Gaos planeaba coordinar una obra colectiva, compuesta por un prólogo, una introducción y nueve capítulos, en los que se abordarían, entre otras grandes temáticas, la teología, la literatura biográfica, la ciencia, la historiografía y la estética jesuíticas. El proyecto completo aparece en ENRÍQUEZ PEREA, *Itinerarios filosóficos*, pp. 121-125.

⁵⁹ AHCM, *José Gaos*, c. 7, exp. 20, f. 3.

⁶⁰ Si bien el traslado de la Biblioteca Nacional en 1944 significó una grave molestia en las labores de investigación, resulta incomparable con la que supuso su clausura entre 1952 y 1963, debido a severos daños materiales. Muchas de las propuestas que Gaos dirigió a sus superiores tenían por propósito subsanar esas precarias condiciones de consulta. Entre ellas se encontraba la de recolectar, catalogar y estudiar los materiales dispersos mediante labores recompensadas en términos académicos.

⁶¹ Carta de José Gaos a Eduardo Nicol, fechada el 29 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 153, f. 15116. Sobre esa sobrecarga

Los preparativos del cuarto centenario de la Universidad Nacional, a celebrarse en 1951, supusieron una oportunidad inmejorable para retomar las labores suspendidas. El programa editorial dispuesto para festejar la magna ocasión contemplaba la publicación de varios volúmenes de historia de las ideas en México, cada uno encomendado, según la temática y periodo en cuestión, a un especialista en la materia. Siguiendo esos lineamientos, a José Gaos se asignó la tarea de escribir sobre el siglo XVIII mexicano, área del conocimiento a la que había consagrado prácticamente una década de estudio. Con el título *El siglo del esplendor en México*, la obra se anunciaba dividida en tres secciones, cada una caracterizada por su mayor profundidad en el tema y por responder al distinto grado de interés que pudiera despertar en el lector: “Síntesis histórica”, “Estudios monográficos” y “Discusiones y otros complementos”. De esa ambiciosa empresa quedan poco más que los prolegómenos y algunos cuantos pasajes, en especial unos dedicados a Carlos de Sigüenza y Góngora, y a sor Juana Inés de la Cruz. Que la trayectoria de uno y otra trascendieran el marco temporal elegido en modo alguno desbalanceaba el proyecto. Por el contrario, en la medida en que anticipaban el esplendor intelectual que pronto se derramaría sobre el país, el examen de ambos religiosos aparecía como un imperativo para

de trabajo, escribió Justino Fernández: “Gaos ha estado muy ocupado (¡qué novedad!) con las tareas que se ha impuesto: seminario-cursos, etc., los lunes acaba el hombre agotado, hablando desde las 5 a las 9, y por supuesto con su pilón. Pero el seminario parece que va caminando y sus cursos se han vuelto a ver muy concurridos; él como siempre –soberbio”. Carta de Justino Fernández a Eduardo Nicol, fechada el 27 de marzo de 1943, AHUNAM, *Eduardo Nicol*, c. 23, exp. 53, f. 14113.

comprender el florecimiento cultural que sobrevendría junto con el cambio de siglo.

Con el propósito de demostrar que “no coinciden forzosamente con los tiempos de la ‘cronología’ los de la ‘historia’”, Gaos identificó los elementos que convirtieron a Sigüenza y a sor Juana en “precursores” de la intelectualidad dieciochesca.⁶² Éstos se centraban, en el caso del sabio jesuita, en cuatro aspectos significativos, síntesis del espíritu que poco a poco se apoderaría de las conciencias: jesuitismo, enciclopedismo, mexicanidad y modernidad. Un recorrido por su vida, fama y obra, así como un detallado estudio –único en la época– de la *Libra astronómica y filosófica* fue el procedimiento adoptado para destacar las características mencionadas. Apenas importa que todas ellas emergieran a la luz merced a una mirada retrospectiva, si se considera que Gaos, con prolijidad y sapiencia, logró puntualizar tanto la originalidad de don Carlos como su pertenencia a un mundo compartido. Así, mientras que el carácter fundador de su pensamiento se revelaba, por poner un ejemplo eminente, en su papel como introductor de la ciencia moderna en México, sus trabajos descubrían “los estratos históricos sedimentados [...] en su personalidad, modificados por ésta según su individual singularidad”.⁶³ Ésta había determinado, en opinión del comentarista, que las contribuciones de Sigüenza emularan en talento –que no en influencia ni en relieve histórico– nada menos que las del mismo Pierre Bayle. La Historia de las ideas se presentaba así como un medio para revalorar las figuras nacionales, evaluadas a partir de su doble

⁶² GAOS, “El siglo del esplendor en México”, p. 427.

⁶³ GAOS, “El siglo del esplendor en México”, p. 477.

dimensión, la universal y la particular.

Facetas no menos relevantes aparecieron al observar los escritos de Juana de Asbaje por el telescopio de esta disciplina. La *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* y el *Primero Sueño* constituyeron las principales coordenadas de una minuciosa cartografía espacial, ideada para distinguir el universo del saber en que se situaban aquella prosa y versos. Los datos astronómicos y físicos, fisiológicos y psicológicos, humanísticos y jurídicos, políticos y filosóficos, mostraban que esas constelaciones se alineaban conforme a preceptos de orden escolástico, pero también con las noticias más recientes provenientes de la ciencia. De ahí que, a semejanza de Sigüenza y Góngora, la monja jerónima ilustrara un momento de tránsito, aquel que marcaba el paso del Medioevo a la Edad Moderna. Su lugar en la bóveda celeste quedaba de esta forma asegurado. “El poema de Sor Juana –concluía el observador– es un astro de oscuros fulgores absolutamente señero en el firmamento literario de su edad, a tal distancia de todas las demás estrellas de su tipo, es decir, de todos los poemas filosóficos coetáneos, anteriores, simultáneos y posteriores, que no es dado citar ninguno.”⁶⁴

Como ya se ha indicado, el proyecto que incluía estos pasajes no llegó a prosperar, y esto pese a haber gozado de una persistencia y tenacidad extraordinarias por parte de Gaos. En esa perseverancia desempeñó un papel relevante aquel arraigado sentido del deber, mismo que lo compelía a acatar sus compromisos hasta verlos por entero satisfechos. Habría que añadir, además, que en ese empeño intervino un gusto muy especial por el Siglo de las Luces, reflejado en la

⁶⁴ GAOS, “El siglo del esplendor en México”, p. 506.

preferencia por filósofos ilustrados –Kant y Hume–, y que él mismo se explicaba por haber originado sus “ideas políticas, más fundamentalmente liberales que socialistas”. Más aún, pensaba, “mi interés por el XVIII mexicano entrañaría el interés por la modernización de España”, es decir, por esa época conocida como de “grandeza”.⁶⁵ Ese conjunto de motivos confluyó para que en 1955 escribiera a Vera Yamuni que, terminados otros pendientes, “vengo dedicándome al libro sobre el XVIII en México, que, de esta vez, sale”.⁶⁶ En virtud de la cercanía que lo unía con el maestro, Fernando Salmerón se encontró en condiciones de anunciar, un lustro más tarde, que Gaos preparaba dos grandes libros, uno de los cuales versaba sobre “la historia de la filosofía en México en el siglo XVIII”.⁶⁷ Se sabe, por último, que todavía en 1966 se acercó al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM con el propósito de reanudar esas tareas.⁶⁸ Ahí terminan las noticias del libro programado.

Sin importar que incumpliera con su parte del encargo, resulta revelador que las autoridades universitarias no encontraran mejor manera de conmemorar el cuarto centenario de la Casa que con un banquete en historia intelectual. Amén del fácil gusto que se encuentra en los sabores patrios, tan afines al paladar nacionalista, el menú indica que, entre los platillos del día, se hallaba aquella rama de la disciplina que Gaos mismo había ayudado a cocinar. A realizar esa proeza más que culinaria contribuyeron los

⁶⁵ AJG, 4, exp. 7, f. 63636, junio de 1962; y f. 63650, 28 de junio de 1962.

⁶⁶ Carta a Vera Yamuni, fechada el 21 de enero de 1955, AJG, 4, exp. 9, f. 64847.

⁶⁷ SALMERÓN, “José Gaos, *Discurso de filosofía*”, p. 259.

⁶⁸ SALMERÓN, *Perfiles y recuerdos*, pp. 94-95.

resultados surgidos de su seminario, así como el combate colectivo por implantar una nueva forma de concebir el pasado. Adalid en esa lucha de conciencias fue su amigo Edmundo O’Gorman, quien se sirvió de libros, artículos y asignaturas para abrir el camino a la reflexividad en historia. Uno de los episodios más conocidos de esa batalla fue el debate que propuso a Silvio Zavala, considerado como máximo representante en México de la visión positivista y como un Goliat en el terreno historiográfico. Para discutir sobre el tema de “la verdad”, la reunión se dispuso como un auténtico duelo, puesto que además de fijar fecha y hora, cada uno de los contendientes eligió una suerte de padrinos, por cierto todos españoles: José Gaos y Ramón Iglesia, por parte del retador, Rafael Altamira y Francisco Barnés, en tanto testigos del desafiado. Como se sabe, la sonda del David mexicano no dio en la cabeza elegida, puesto que ésta partió, junto con su dueño, en un viaje a Puerto Rico. Acudió, en cambio, un nutrido público, conformado por numerosos estudiantes y por profesores allegados a quien, por ausencia del rival, se erigió en el principal ponente. Ello explica que las conclusiones extraídas del encuentro fueran las siguientes:

En definitiva –se comentó en *Occidente*–, la importancia de esta Junta de historiadores y filósofos, consiste en haber mostrado, en primer lugar, la existencia de dos orientaciones opuestas entre los intelectuales de México, a saber la tradicional, científicista en las disciplinas humanas; y la contemporánea de tono historicista. En segundo lugar, con la ausencia del señor Zavala, primero, y más tarde de las personas que él había designado para sostener sus puntos de vista, los debates se llevaron

a cabo dentro de la aceptación general por parte de los concurrentes de la orientación historicista.⁶⁹

Los ya conversos escucharon un vehemente sermón sobre la naturaleza subjetiva de la historia. Se trató, una vez más, de un manifiesto teórico y metodológico, con el que O'Gorman invitó a abandonar las tan erradas como nocivas pretensiones de objetividad. La comunión esperaba a quienes hicieran suya la renuncia: en lugar de un pasado distante, frío e inamovible, el asceta se vería recompensado con un nuevo absoluto. De reconocer el presente como mirador obligado de todo acontecer humano, se advertiría que los hechos pretéritos sólo adquieren sentido en relación con nosotros, los hombres del ahora. El pasado así entendido se transmutaría en “nuestro pasado”. El discurso, sin embargo, no se limitó a cuestiones de orden especulativo. Detrás de su carácter programático, se vislumbra el deseo de que se abriera el paso a una nueva generación de historiadores que, como él, buscaban reconocimiento tanto en la esfera de las ideas como en la institucional. No es otra cosa lo que sugiere el acento en su propio talante “revolucionario”, así como el acto de dar por muerta a la postura tradicionalista.⁷⁰ La realidad, no obstante, no se ajustó a sus palabras. Determinó, en cambio, que el enfoque representado por Zavala continuara madurando en aulas e impresos, llegando a profesarse entre una amplia mayoría. Así lo sostuvo, al menos, José Bravo Ugarte, cuando en 1950 emprendió un balance de la historiografía en México durante el último medio si-

⁶⁹ *Occidente*, 5 (jul.-ago. 1945), p. xxvi.

⁷⁰ O'GORMAN, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, pp. 32-41.

glo. Si bien admitía que “no pocos han dado a su investigación el carácter de revisión, más expuesta a los prejuicios que la investigación simple”, también afirmaba en ese informe que “todos los que toman en serio el papel de historiadores –que son los más–, aspiran al ideal científico de la investigación completa y de la exposición veraz”.⁷¹

Sin olvidar el influjo seductor de la Verdad, concebida como única y eterna, había motivos poderosos para que la visión historicista no llegara a difundirse como O’Gorman esperaba. Uno de ellos se trasluce en el comentario que Gaos deslizó durante el duelo de historiadores. Que sus palabras tuvieran por objeto aclarar que los monstruos del historicismo sólo existían en leyendas y en cuentos de ancianos indica que en torno de esa corriente se condensaba una honda desconfianza. No es casual, por lo tanto, que centrara su artillería discursiva en la caza de fantasmas, aduciendo que el escepticismo, bestia famosa, era producto de una mirada parcial, paralizada ante el carácter relativo de todo conocimiento. Pero de tomarse en cuenta que la conciencia del cambio no desvirtúa las certezas del día ni exime de responsabilidad alguna, era entonces posible comprender por qué se trataba de temores infundados. El reto consistía en elaborar una teoría general de la unidad y de la pluralidad que distinga a la realidad, de tal forma que se diera cuenta tanto de los acuerdos como de los desacuerdos prevalentes entre los hombres a través del tiempo.⁷² A idéntico propósito dedicó Edmundo O’Gorman una sección de la obra *Crisis y por-*

⁷¹ José Bravo Ugarte, citado en ZERMEÑO, *La cultura moderna de la historia*, p. 167.

⁷² GAOS, “Sobre el problema de la verdad histórica”, pp. 52-53.

venir de la ciencia histórica, aparecida en 1947 y dedicada a su compañero de armas. Pretendió allí desmontar el “argumento escéptico”, en tanto principal crítica a su propia postura. La “angustia del relativismo” que tan injustamente se le atribuía encontraba su origen en ideas anacrónicas, subsistentes en los tiempos nuevos merced a la terquedad de algunos. Únicamente quienes cedieran a “la manía o hábito enquistado de creer que es posible satisfacer la aspiración de llegar a poseer una verdad absoluta” sentirían la zozobra inherente a perder el suelo firme. El resto podía vivir tranquilo, a sabiendas de que tanta extravagancia terminaría por extinguirse, al igual que “desapareció en su día, ante la conciencia científica moderna, la necesidad antes tan vivamente sentida de cargar a cuenta del curso de las estrellas las venturas y desventuras del amor, y aun los desarreglos del aparato digestivo”.⁷³

Hijo de la época, el polemista no se atuvo al arbitrio celestial para continuar empuñando la espada historicista. Desde la Facultad de Historia, donde instaló su cuartel general, continuó lanzando estocadas, contribuyendo de esta forma, si no a derrotar al modelo “objetivista”, al menos a llenarlo de agujeros.⁷⁴ Desde entonces se ha señalado que su “seminario significó una enorme reforma en la enseñanza de la historia en

⁷³ O’GORMAN, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, pp. 115 y 126.

⁷⁴ Como señala acertadamente Moisés González Navarro, en esas escaramuzas “estaba en juego una lucha por el poder, que en cierta forma estaba polarizando a la Facultad de Filosofía y Letras, dominada por O’Gorman, y a El Colegio de México, parcialmente dominado por Zavala”. ZERMEÑO, *La historia y su memoria*, p. 32. La analítica de fuerzas constituye, igualmente, la línea de partida que MOCTEZUMA FRANCO utiliza en “El camino de la historia hacia su institucionalización”, si bien es de lamentar que no la desarrollara plenamente.

la facultad, paralela a lo que había sido el seminario del doctor Gaos en el campo de la filosofía: la introducción del análisis riguroso y erudito de textos que, en sí, significaba toda una formación académica”.⁷⁵ Lo que quizá se ha subrayado menos es que sus lecciones encontraron eco en unas cuantas minorías. Uno de sus primeros discípulos, Juan Antonio Ortega y Medina, recordó hace algún tiempo que a sus cursos asistían inteligentes aunque escasos alumnos. Para explicarlo, es de suponer que a la singularidad de su enfoque –en cierta medida contra-intuitivo y de difícil asimilación– se sumaba el problema de acercarse a aquel profesor de temple aristocrático, que se dejaba siempre acompañar de una “desdeñosa e irónica sonrisa de *enfant terrible*”.⁷⁶

Otro tanto sucedió con las enseñanzas de José Gaos. Diseñado para acoger a un número reducido de aprendices, su seminario se destacó por la atención personalizada y selecta. Junto con sus cursos, en él realizó el portento de formar a varias promociones de estudiantes de modo continuo y ordenado, al calor del método y dentro de los cánones de la precisión. De esa hazaña docente dejó testimonio Fernando Salmerón, al relatar que las clases en Mascarones “fueron toda una experiencia”:

Pero no una experiencia de grupo filosófico, sino precisamente de escuela; de la jerarquía de las generaciones; y de la distante relación –por lo menos para los más jóvenes– entre discípulo y maestro. Al fondo del aula, ocupaban los pupitres más cercanos a la pared, al menos una tarde por semana, los de mayor edad: O’Gorman, Justino Fernández, Tomás Gurza y alguno más.

⁷⁵ VÁZQUEZ, “Discurso de la doctora Josefina Zoraida Vázquez”, p. 16.

⁷⁶ ORTEGA Y MEDINA, “Discurso del doctor Juan A. Ortega y Medina”, p. 12.

En las siguientes filas, adelante de ellos, se sentaban Leopoldo Zea, Vera Yamuni y algunos otros menos asiduos. Después venía la generación del Hiperión: Uranga, Portilla y Guerra eran los más puntuales [...]. Y en la primera línea de pupitres, ya casi frente a la mesa ante la que Gaos se sentaba para explicar su clase, los más jóvenes –los recién llegados– y algún foruito visitante.⁷⁷

Sin embargo, faltaba un elemento para que de ese magisterio surgiera efectivamente una “escuela”, a saber, que la transmisión del conocimiento no dependiera de un mismo maestro. Prestar a sus lecciones un carácter institucional, único medio susceptible de trascender la existencia individual, fue la pieza que falló en su maquinaria docente. Cuando intentó repararla, ya era demasiado tarde: las tareas que imponía el nuevo régimen universitario impidieron que nadie tomara el relevo.⁷⁸ De ahí que, al llegar el momento de abandonar las aulas en calidad de emérito, las ruedas del seminario perdieran velocidad hasta que en 1964 se detuvieron por completo. Fue entonces cuando cerró definitivamente sus puertas en la UNAM y comenzó una última etapa en El

⁷⁷ SALMERÓN, *Perfiles y recuerdos*, pp. 120-121.

⁷⁸ Carta a Ignacio Chávez, fechada el 24 de enero de 1964, AHCM, *José Gaos*, c. 4, exp. 23, f. 3. Es de destacar que en 1955 el “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española” dejó de funcionar en El Colegio de México para trasladarse a la Facultad de Filosofía y Letras, en virtud de que Gaos fue nombrado “profesor de tiempo completo”. No obstante, solicitó a Alfonso Reyes que se mantuvieran los lazos con aquella primera institución, no sólo porque la fractura perjudicaría a quienes recibían ayuda de El Colegio, sino porque “romper los vínculos con él se sentiría como arrancarle fibras únicas a lo más entrañable de nuestra vida de ‘transterrados’”. Carta a Alfonso Reyes, fechada el 31 de agosto de 1955, en GAOS, *Obras Completas*, XIX, p. 247.

Colegio de México.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- AHCM Archivo Histórico de El Colegio de México, México.
 AHPM Archivo Histórico de la Provincia de México, Compañía de Jesús, México.
 AHUNAM Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, México.
 AJG Archivo José Gaos, Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ARAI, Alberto T.

“Leopoldo Zea, de la nueva generación filosófica”, en *Letras de México*, IV: 7 (15 jul. 1943), p. 8.

CHUMACERO, Alí

“Leopoldo Zea”, en *Letras de México*, v: 109 (1º mar. 1945), p. 1.

Los momentos críticos, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

ENRÍQUEZ PEREA, Alberto (comp.)

Itinerarios filosóficos, México, El Colegio de México, 1999.

FERNÁNDEZ, Justino

“Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, en ORTEGA Y MEDINA, 1968, pp. 13-17.

GAOS, José

“Presentación”, en ZEA *et al.*, 2012, pp. VII-IX.

Obras Completas. XV. De antropología e historiografía. Discurso de filosofía. El siglo del esplendor en México, prólogo de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma

de México, 2009.

“El siglo del esplendor en México”, en GAOS, 2009, pp. 377-540.

“Problemas y métodos de la Historia de la Ilustración en México”, en GAOS, 2009, pp. 386-392.

Obras Completas. XIX. *Epistolario y papeles privados*, prólogo de Alfonso Rangel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

Obras Completas. VIII. *Filosofía mexicana de nuestros días. En torno a la filosofía mexicana. Sobre la filosofía y cultura en México*, prólogo de Leopoldo Zea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

“Confesiones de transterrado”, en GAOS, 1996, pp. 544-558.

“Los ‘transterrados’ españoles de la filosofía en México”, en GAOS, 1996, pp. 223-244.

Obras Completas. II. *Orígenes de la filosofía y de su historia. Antología de la filosofía griega. El significado de Lambda*, prólogo de Emilio Lledó y Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

“Orígenes de la filosofía y de su historia”, en GAOS, 1991, pp. 43-236.

Obras Completas. VI. *Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, prólogo de José Luis Abellán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

“¿Cómo hacer filosofía?”, en GAOS, 1990, pp. 297-302.

Obras Completas. VII. *Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía*, prólogo de Raúl Cardiel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

“Prólogo a *La formación de la conciencia burguesa en Francia*”, en GAOS, 1987, pp. 341-348.

“Sobre sociedad e historia”, en GAOS, 1987, pp. 157-169.

Obras Completas. XVII. *Confesiones profesionales. Aforística*, prólogo y selección de la aforística inédita por Vera Ya-

muni Tabush, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

“Confesiones profesionales”, en GAOS, 1982, pp. 41-137.

“Sobre el problema de la verdad histórica”, en MATUTE, 1981, pp. 52-53.

GARCÍA BACCA, Juan David

“*Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*”, en *Letras de México*, IV: 5 (15 mayo 1943), p. 6.

GIL VILLEGAS, Francisco

“Ortega y el Hiperión mexicano”, en *Los refugiados españoles*, 1999, pp. 161-191.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco

“Leopoldo Zea y su primer libro”, en *Letras de México*, IV: 9 (15 sep. 1943), p. 6.

GÓMEZ ROBLEDO, Antonio

“Cristianismo y filosofía en la experiencia agustiniana”, en ZEA *et al.*, 2012, pp. 221-282.

“Mis recuerdos de Gaos”, en *Cuadernos americanos*, año 28, 166: 5 (sep.-oct. 1969), pp. 69-70.

GURZA, Tomás

“La Catedral y la *Suma*”, en ZEA *et al.*, 2012, pp. 141-219.

HEIDEGGER, Martín

Introducción a la fenomenología de la religión, México, Fondo de Cultura Económica, Siruela, 2006.

JAEGER, Werner

“Carta de Jaeger”, en *Letras de México*, IV: 16 (1º abr. 1944), p. 9.

JUNCO POSADAS, Victoria

Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México, versión mimeográfica, 1944.

KOZEL, Andrés

La idea de América en el historicismo mexicano. José Gaos, Edmundo O'Gorman y Leopoldo Zea, México, El Colegio de México, 2012.

LIRA, Andrés

“Presentación”, en ENRÍQUEZ PEREA, 1999, pp. 13-27.

MATUTE, Álvaro

“Prólogo”, en GAOS, 2009, pp. 7-20.

MATUTE, Álvaro (comp.)

La teoría de la historia en México (1940-1973), México, Secretaría de Educación Pública, Diana, 1981.

MENDIOLA, Alfonso

“¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia? El caso O'Gorman”, en *Historia y Grafía*, 25 (2005), pp. 79-104.

MENÉNDEZ SAMARÁ, Adolfo

“El libro de Leopoldo Zea”, en *Letras de México*, 1: 5 (15 mayo 1943), p. 9.

MEYER, Eugenia (ed.)

Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O'Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

MOCTEZUMA FRANCO, Abraham

“El camino de la historia hacia su institucionalización”, en *Historia y Grafía*, 25 (2005), pp. 45-78.

NAVARRO, Bernabé

La introducción de la filosofía moderna en México, México, El Colegio de México, 1948.

La obra de Edmundo O’Gorman

La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y Conferencias de Homenaje en su 70 Aniversario 1976, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.

O’GORMAN, Edmundo

Crisis y porvenir de la ciencia histórica, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

“Consideraciones sobre la verdad en historia”, en MATUTE, 1981, pp. 32-41.

Fundamentos de la historia de América, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1942.

“Sobre la naturaleza bestial del indio americano” (1941), en MEYER, 2009, pp. 126-154.

La historia natural y moral de las Indias del P. José de Acosta. Estudio que se publicará como prólogo de la nueva edición de dicha obra. Contribución al IV Congreso Nacional de Historia, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio

“Discurso del doctor Juan A. Ortega y Medina”, en *La obra de Edmundo O’Gorman*, 1978, pp. 11-14.

ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio (ed.)

Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.

PAZ, Octavio

“Historia y filosofía”, en *Letras de México*, iv: 10 (15 oct. 1943), p. 8.

PÉREZ-MARCHAND, Monelisa Lina

Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición, prólogo de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 2005.

QUIROZ, Olga

La introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español en los siglos XVII y XVIII, México, El Colegio de México, 1949.

Los refugiados españoles

Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996, México, Residencia de Estudiantes, El Colegio de México, 1999.

SALMERÓN, Fernando

Perfiles y recuerdos, México, Universidad Veracruzana, 1998.
“Reseña de José Gaos, *Discurso de filosofía*”, en *Diánoia*, año IV, 6 (1960), p. 259.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

“Discurso de la doctora Josefina Zoraida Vázquez”, en *La obra de Edmundo O’Gorman*, 1978, pp. 15-17.

YÁÑEZ, Agustín

“Entrevista con Leopoldo Zea”, en *Occidente*, año 1, 1: 2 (ene.-feb. 1945), pp. ix-xviii.

ZEA, Leopoldo

“Joaquín Xirau: uno de los grandes del transtierro”, en *Cuadernos americanos*, n.e., año XV, 1: 85 (ene.-feb. 2001), pp. 229-232.

ZEA, Leopoldo *et al.*

Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media, edición facsimilar, prólogo de Andrés

Lira, México, El Colegio de México, 2012.

ZERMEÑO, Guillermo

La historia y su memoria. Entrevista(s) con el historiador Moisés González Navarro, México, El Colegio de México, 2011.

La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica, México, El Colegio de México, 2002.

Entrevistas

Entrevista a Carmen Rovira, Ciudad Universitaria, 6 de abril de 2010.